

¿DONDE ESTA HOY LA IGLESIA DE LOS POBRES?

“La Iglesia de los pobres” surgió en la década de los 60 como una expresión feliz de una realidad siempre añorada entre los cristianos. Era el momento eufórico del Vaticano II y comenzaba a des-puntar toda una nueva concepción de las relaciones de la Iglesia con el mundo; pero simultáneamente la injusticia social se hacía más sensible, la explotación más inhumana, la pobreza más odiosa cuanto más remediable. Y brotó un nuevo impulso cristiano contagioso y fecundo, y se trasladó a la letra de los discursos y los textos conciliares, y la Iglesia pareció rechazar en parte su ropaje constantiniano para devolver a su rostro la pureza de sus fuentes.

La identificación, sin embargo, de la Iglesia con los pobres era una medida de tal envergadura, que no pudo realizarse sin tensiones, momentos de indecisión, fórmulas discutidas y retrocesos patentes. El barco de Pedro no podía cambiar de rumbo sin sentir la perturbación y el desconcierto. El gran viraje del cristianismo no ha sido todavía realizado, pero a nivel mundial nacen cada día nuevas iniciativas que hacen pensar en las opciones más diversas en favor de los pobres.

La duda y la vacilación que han penetrado a la Iglesia posconciliar no provienen de la ambigüedad del mensaje evangélico. Al pensamiento israelita que veía en la pobreza un estado despreciable, responde Jesús con sus palabras y sus acciones de una contundencia transparente. Pero en un mundo secularizado y complejo, donde brillan la visibilidad y la eficacia, los cristianos nos encontramos todavía en la búsqueda de gestos concretos que hagan patente la vigencia histórica de un mandato que no nos atrevemos a discutir.

En 1968, umbral de la época que vivimos, despunta de nuevo en Medellín una nueva oportunidad para la Iglesia de América Latina. El tiempo transcurrido desde entonces es demasiado corto, pero no dejamos de preguntarnos: ¿Por qué la lentitud de los cristianos por acercarse a los pobres? ¿Tiene la Iglesia venezolana un lugar para los pobres? ¿Tienen los pobres venezolanos un lugar en la Iglesia? En la mesa de redacción de SIC hemos convocado a un grupo de sacerdotes —teólogos, sociólogos, partícipes del mundo obrero— para recoger su respuesta. ¿Sabremos dar los cristianos una respuesta convincente a estas acuciantes preguntas?

El misterio de la pobreza

—La Iglesia Católica, sobre todo a partir del Vaticano II y de Medellín, siente la urgencia del llamado evangélico —siempre viejo y siempre nuevo— que le impulsa a realizar su misión de manera primordial entre los

pobres. ¿Cuál es la razón de este mandato que hoy parece aflorar con especial intensidad?

G. R.—La Palabra de Dios solamente la reciben los pobres, los niños, los

pequeños, la gente sencilla que tiene el corazón abierto. La gente sociológicamente pobre, entre otras características, no hace tal vez mucho caso de las prerrogativas inventadas por los hombres. Podríamos parafrasear las palabras de Jesús en el sentido de que el Reino de Dios va a llegar en cuanto los pobres, hasta ellos, vayan a aceptar el Evangelio. De aquí que es muy importante la presencia de la Iglesia entre los pobres y ésta es una señal de su autenticidad.

—Esto supondría que dentro de los hombres hay un lugar privilegiado desde el cual se recibe de mejor manera la Palabra de Dios. Es decir, no todos los hombres estamos situados con respecto a la Palabra de Dios en el mismo grado de receptividad. Existen una serie de condiciones que nos preparan para recibir la Palabra; y los pobres, por serlo, están mejor preparados. Pero ¿cómo podríamos explicar esto?

S. T.—La primera constatación en efecto es que, a través de todo el Evangelio, hay como una marcada predilección por parte de Cristo para con los pobres; una actitud que le lleva más espontáneamente hacia los pobres. Más aún, Jesús se revela como el que viene a traer la Buena Nueva a los pobres. Su mensaje se abre por esta declaración: “Felices los pobres.” Esta proposición que parece tan revolucionaria, porque puede indicar que pretende como canonizar una clase social, un hombre como San Mateo siente la necesidad de trasponerla en categorías de espiritualidad; él traduce: “Bienaventurados los pobres de espíritu.” Mateo, en esta traducción, está dando el sentido central de este anuncio a los pobres, pero no agota la posibilidad de interpretar la primacía concedida a los pobres. Si bien es cierto que Cristo no está canonizando una clase social, por otra parte esta clase social es como el lugar privilegiado para recibir la Palabra y para que produzca fruto. No se trata de una recepción pasiva, sino activa, que conduce a la reinvencción, es decir, quien recibe re-interpretta necesariamente. Y Cristo da un visto

bueno favorable a esta re-interpretación que va a salir de los pobres. Puede ser, sin embargo, que haya gente socio-económicamente rica que dé frutos y reciba el Evangelio; pero con la condición de un serio esfuerzo de desprendimiento interior como una señal de que se han despojado de sus categorías mentales.

A. C.—Pero, a la vez, hay una especie de misterio de la pobreza que va favoreciendo netamente a los más pobres. Esto se observa en el hecho de que Cristo, aun siendo rico, se hizo pobre. Esto es claro no solamente en la teología de San Lucas, sino también de San Pablo. Cristo, siendo Dios, no solamente se hizo hombre, es decir, un pobre hombre, sino también un hombre pobre; es decir, adopta una clase social determinada.

P. A.—Si los pobres son intérpretes especialmente sensibles del Evangelio,

aquí hay una advertencia importante para la Iglesia cuando va a hacer un planteamiento pastoral. Deberá tener en cuenta cómo las personas pobres entienden, captan, interpretan, traducen en su vida diaria el mensaje evangélico; ésta es una señal de un camino más seguro y auténtico de realizar la misión de la Iglesia en el mundo.

—Según la interpretación de Mateo, la pobreza se referiría a los "pobres de espíritu", es decir, no existe ningún criterio de carácter socio-económico. La noción de pobreza queda ampliada, ya que todos podemos ser pobres de espíritu. Por tanto, la Iglesia de los pobres en cierto modo no existe; se convierte en la Iglesia de los pobres de espíritu.

A. C.—En primer lugar, Mateo es un

hombre acomodado de su tiempo; no es de extrañar que a la hora de interpretar lo de los pobres, que en Lucas es mucho más claro, esté influido por su propia posición social y por el hecho de que su Evangelio está dirigido a los judíos que identificaban el bienestar material con la bendición de Dios.

S. T.—Estamos ante una distorsión peligrosa. Si decimos que un rico tiene tanta posibilidad de vivir la pobreza como el pobre, nos colocamos ante una dicotomía parecida a la de aquella de origen griego, que hizo tantos estragos en el mundo occidental, y que separó cuerpo y espíritu. Parece cierto que la pobreza es una necesidad imprescindible que se presenta a cualquier cristiano. Esta obligación puede ser más fácilmente vivida por el sociológicamente pobre que por el sociológicamente rico.

La Iglesia venezolana y los pobres

—Sin embargo, por los datos visibles que hoy se descubren en la realidad venezolana, la Iglesia —sus sacerdotes, sus preocupaciones y proyectos— no responden aparentemente a la preocupación teológica por los pobres. ¿Cómo se explica este fenómeno?

G. R.—La Iglesia que conocemos nosotros no se distingue por preocupación teológica alguna, ni con respecto a los pobres ni con referencia a cualquier otra cosa. Algunas circunstancias que vive actualmente la Iglesia en el país quizás explican esta situación. Tengo la impresión de que lo que públicamente representa la Iglesia —su clero, sus religiosas— tiene cierta dificultad de entregarse un poco espontáneamente al mundo. Esto se debe en parte a la composición un poco heterogénea de este personal eclesial: muchos religiosos, pocos diocesanos, muchos extranjeros, pocos venezolanos. Su preocupación se orienta más bien hacia asuntos internos de la Iglesia, más que a la entrega espontánea a la predicación del mensaje.

S. T.—A mí me parece que va aflorando últimamente una preocupación más acentuada por los pobres, acompañada de cierto complejo de culpabilidad más o menos velado. Sacerdotes que es-

tán trabajando con ambientes acomodados ven con buen gusto el trabajo de otros sacerdotes con los más pobres; de esta manera pueden dar a la Iglesia total cierta buena conciencia. Simultáneamente existe mucha timidez a dar un paso en este sentido. Aquí se ve el peso tremendo que significan las estructuras que hemos edificado en tiempos pasados y en las que nos empeñamos en querer seguir viviendo. Existe un gran miedo en dar este paso hacia adelante y en enfrentar con valentía la inseguridad y la inestabilidad que representa precisamente por definición la pobreza.

G. R.—Es un poco complicado explicar exactamente la actual situación de la Iglesia; pero hay una especie de manera de vivir y de presentarse de la Iglesia en el país y en la sociedad que da a entender que quiere y busca presentarse como una de las grandes instituciones nacionales. Importará, por ejemplo, que la Iglesia figure al lado de la institución militar, de la institución política, de la institución empresarial, como una institución religiosa respetable entre las instituciones que hoy por hoy mantienen el régimen democrático. Esto puede venir de muy lejos; pero no sé hasta qué punto se pueda decir que la Iglesia va a tratar siempre de situarse

junto a las grandes instituciones que fundamentan la sociedad.

A. C.—La dedicación a los pobres supone una conversión muy radical; es algo que prácticamente va a la raíz de los problemas. En este sentido significa ver por qué los pobres son pobres. La Iglesia, por educación, por tradición, por el papel que se le ha asignado en la sociedad, tiene preocupaciones de poder semejantes a los de la clase dominante. Por tanto, no puede de verdad y radicalmente dirigirse hacia los pobres. Cuando más, hacia situaciones un poco accidentales de los pobres: planes de vivienda, de cooperativas, etc., que en el fondo no van a cambiar la situación. Un ejemplo es el de Cáritas: hacer más soportable la situación, hacer que la Iglesia se vuelva hacia los pobres, pero más bien para que los pobres vayan hacia la Iglesia. Pero no para que los pobres cambien su situación y dejen de ser pobres, no para dejarse cambiar por los pobres y hacer surgir una Iglesia distinta. A la Iglesia le interesa en alguna forma que haya pobres para justificarse un poco en este sentido; pero si no responde en profundidad es porque no puede responder, porque está comprometida de pensamiento y acción con todo lo que significa poder.

Los sacerdotes y los desheredados de la tierra

—Para que el sacerdote pueda ejercer su labor pastoral en el mundo de los pobres necesita quizás cumplir una serie de condiciones que ese ambiente exige. ¿Cómo podríamos describirlas?

S. T.—Me parece que la primera condición no es buscar cuáles son las actividades que la Iglesia pudiera cumplir en la persona de los sacerdotes, ya que en el extremo de esta posición podría nacer el activismo. Cristo comparte la

suerte de la humanidad y su destino; no busca tanto qué tipo de actividad puede hacer en favor de los pobres. El no se está asomando sobre el problema de los pobres, sino que en primer lugar está viviendo sencillamente la condición de

pobre, con toda la inseguridad y la opresión que pesaba sobre la situación del pobre político, del pobre económico, del pobre religioso. Temo que en muchas cosas que nosotros hacemos haya más esta preocupación por hacer algo por, por asomarse sobre el problema de los pobres, que por enfrentar la inseguridad que es de hecho la vida del pobre. La necesidad de ser tiene que estar por encima de la necesidad de hacer.

G. R.—Yo creo que para que el sacerdote pueda ejercer una tal labor pastoral, la Iglesia debe optar. Porque no se trata de que haya uno u otro sacerdote metido con gente sociológicamente pobre, o como francotirador, para tranquilizar la conciencia de los demás. Se trata de que significativamente la Iglesia ha hecho una opción. Decirlo es tal vez muy fácil; pero opción de la Iglesia pará con determinado tipo de gente muy fácilmente identificable, es algo sumamente delicado, ya que supone excluir otra cosa. Es muy difícil optar por dos, tres, cinco cosas a la vez. Tanto para el que opta como para los que contemplan la opción, supone cierta tendencia favorable hacia aquellas personas por las que se opta. Esta opción no se puede hacer por decreto; si hay tal vez tanta dificultad para que el clero en su conjunto tome posiciones más claras en diversos aspectos es, entre otras cosas, porque este clero está rodeado de determinada gente que se considera que son fieles y, sin embargo, pueden escandalizarse. La opción de la Iglesia dependerá tanto de su clero y de sus obispos como de sus fieles. La manera como instrumentar esta opción es otro tipo de problema en el que todavía no nos hemos hecho muy expertos.

P. A.—De todas maneras, hay algunas personas que, bien o mal, según sus posibilidades, se meten a compartir la vida de los pobres. No se trata de compartir ciertas cosas materiales, sino de compartir un destino, participar en una misma lucha, en un mismo esfuerzo y en una misma esperanza en todas sus manifestaciones.

A. C.—Si se concibe la realidad como dividida en dos grandes grupos que no corresponden exactamente a ricos y pobres, sino a dos clases bien diferenciadas; la Iglesia deberá optar entre la gente que explota y se beneficia del sistema y los que sufren sus consecuencias. En la medida en que uno, como sacerdote, se siente miembro del pueblo, solamente debé adquirir y hacer suyas las características del pueblo. Pero si el sacerdote se identifica más bien como el hombre de muchos años de estudio, relacionado con gente más adinerada y de otra mentalidad, muy difícilmente puede entender la opción de la Iglesia por los más pobres; todo se reduciría a la pobreza espiritual. Si fuera posible salvarse siendo rico, Cristo lo hubiera sido.

—Pero la injusticia es una situación de violencia. La injusticia no es un estado neutro. Esto supone que la pobreza es lucha, continua confrontación diaria con necesidades vitales, muy elementales. Si suponemos que el sacerdote está inmerso en ese mundo, lo convive y lo comparte, de alguna forma va a tener que enfrentar una situación de lucha. ¿Qué se podrá opinar de la participación del sacerdote en un conflicto violento que tiene su origen en justos motivos?

G. R.—Llama la atención que en esta pregunta se considere que el sacerdote pertenece a una especie de clase media aséptica, ni pobre ni rica. El problema quizás para el sacerdote y para la Iglesia es el no poder mantenerse en esta clase media neutra. La cuestión previa es ésta: el sacerdote ¿es o no es de alguna clase social? Con un tipo de teología también aséptica, se puede responder que no es de ninguna (como tampoco es hombre, porque ¿cómo se va a atrever a tener un cuerpo?). Si hay sacerdotes auténticos que son parte de la gente pobre, muchos de los problemas sentimentales que propone esta pregunta se eliminan. Si hay una lucha dentro de la sociedad, también la hay dentro de la Iglesia. Hay rasgos que indican que en Venezuela las clases no están en lucha y por eso tal vez dentro de la Iglesia no hay tal lucha; pero en caso de darse, la Iglesia tal vez tendría que plantearse el problema de dónde se ubica ella. En ese momento quizás aparecerán las cosas que hoy están encubiertas o se airean solamente a nivel de discusiones, de prejuicios que se lanzan unos a otros.

S. T.—Para el sacerdote, por su precedencia, es más difícil adoptar actitudes y posiciones en los conflictos de clase. Pero si lo hace, dada su posibilidad de llegar a niveles profundos de conciencia, es muy posible que lo haga de manera más libre. Y en esto puede estar su propia liberación. Este proceso produce una ruptura, tanto en el obrero y en el pobre como en el sacerdote que ha adoptado esta clase social. Pero en el caso del sacerdote es algo paradójico que tenga necesidad de volverse a encarnar en una situación evangélica en la que ya se suponía encarnado.

A. C.—Cuando uno se encarna en una clase, lleva todo lo que esa clase consigo lleva. De pronto él descubre, jun-

tamente con los de su clase, que su lucha es igual a la de todos los demás en contra de aquellos que lo oprimen. ¿Qué va a significar esto en términos de Iglesia? Que por fin se va a manifestar algo que es evidente: la gente expresa su fe según cómo vive y si vive en dos situaciones diferentes, tiene dos fes diferentes y dos maneras de pertenecer diferentes a está Iglesia. Eso significaría que por lo menos una parte de la Iglesia comenzaría a optar a favor de la gente que lucha por una liberación en contra de la parte que oprime. Hasta ahora no tenemos ningún problema en que un cura bendiga una fábrica, pero sí tenemos en que comparta su vida con la gente de esa fábrica y luche en contra de opresiones que hay allí. De esta manera se clarificaría más la situación que ya está dada y que la Iglesia reconoce de forma implícita y no abierta.

P. A.—Creo que ésta será la manera más concreta y más normal de expresar lo que decíamos al principio con respecto a la misión de la Iglesia, traducida en términos, palabras y gestos comprensibles para esa masa de los pobres.

S. T.—En el caso de que el sacerdote se viese envuelto en un conflicto que sea suficientemente conocido por la Iglesia y por grandes capas de la sociedad, muchos se justificarían en una especie de postura media, como consecuencia de nuestra teología de la pseudo-universalidad. Dada esta pseudoteología y nuestra congénita timidez sacerdotal, una minoría trataría de comprometerse y de tomar la defensa del sacerdote interesado, un grupo no tan minoritario se situaría en condición de acusador y un grupo más extenso estaría entre estas dos posiciones y posiblemente sentiría como una connivencia secreta con el hombre interesado, admirando la sinceridad de su compromiso y reconociendo a la vez que son incapaces de llegar hasta allá. Creo que en casos como éste, que, como todos saben, no es nada hipotético, se ve quién es quién y se da la oportunidad de que cada uno se pueda identificar.

A. C.—Lo que no comprendo es que se produce un gran revuelo cuando un sacerdote se compromete con una situación en la que reina la "violencia institucionalizada", como Medellín ha dicho; pero no nos causa ningún problema él que un cura vaya como capellán a un campamento antiguerrillero.

Aquí termina nuestra conversación. El tema, por supuesto, no ha quedado agotado. En parte se completa con un trabajo teológico que publicamos en esta misma entrega de SIC. Pero todavía, a pesar de nuestro interés en abordarlo, hay muchas cuestiones y precisiones que sería necesario puntualizar. Quizás volvamos sobre él porque lo consideramos de importancia para el momento que vive la Iglesia de Venezuela. ¿Querrán contribuir a esclarecerlo los propios cristianos venezolanos?